

JAVI G. DE HITA



Merry Xmess

UNA NAVIDAD DESASTROSA



SIREN  BOOKS

JAVI G. DE HITA

Merry Xmess

SIREN  BOOKS

Primera edición: noviembre 2024

© de la obra: Javi G. de Hita, 2024

Autor representado por IMC, Agencia Literaria, S.L.

© de la ilustración de cubierta: Carla Iborra Puerta, 2024

© de la corrección: Patricia Rouco Ferreiro

© de la corrección ortotipográfica: Ligia Boga

© de la ilustración de personajes: Paula Fernández González (@paupaufg)

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2024

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-129193-0-1

Depósito legal: M-23286-2024

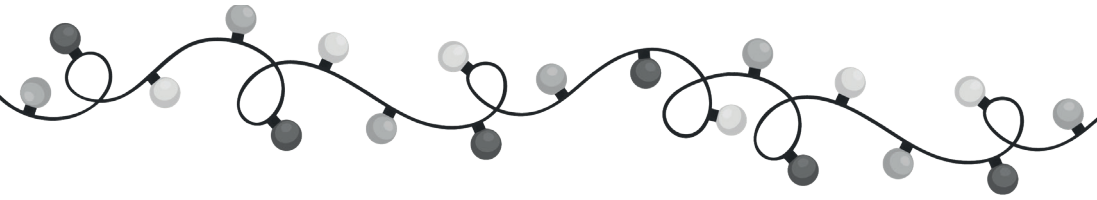
IBIC: YFM

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para todos aquellos que empiezan
a celebrar la Navidad el 1 de noviembre:
governaremos el mundo.*

«Fum, Fum, Fum».
VILLANCICO TRADICIONAL



PLAYLIST NACHVIDEÑA

Angels We Have Heard on High
All I Want For Christmas Is You - Mariah Carey

It's Beginning to Look a Lot Like Christmas - Michael Bublé

Santa Tell Me - Ariana Grande

Christmas Tree Farm - Taylor Swift

Los peces en el río

Santa Claus Is Coming to Town - Michael Bublé

Do They Know It's Christmas? - Glee

Snowman - Sia

I'll Be Home for Christmas - Michael Bublé

Humbug - Owl City

Last Christmas - Ashley Tisdale

Jingle Bell Rock - Glee

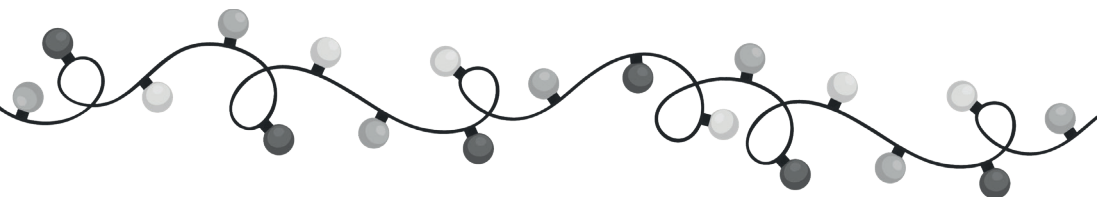
Arre, borriquito

A Belén, pastores

La Marimorena

Santa's Coming for Us - Sia

Rockin' Around the Christmas Tree - Brenda Lee



OBJETIVO
LAS MEJORES NAVIDADES DEL MUNDO MUNDIAL

PARTICIPANTES EN LA MISIÓN

NACHO (EL ELFO)

JULIA (LA DRAMA QUEEN)

KAVI (LA HIGUILLA)

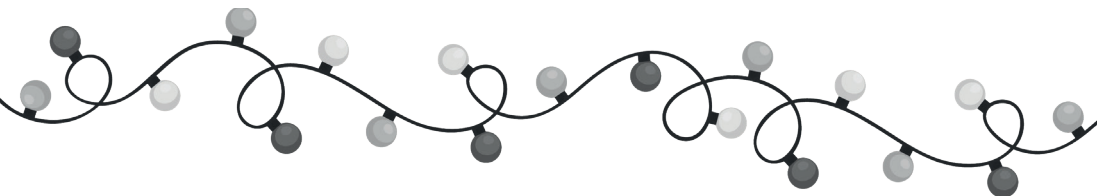
GISELE (LA FRANCISTA)

VÍCTOR (EL DORTO)

LIDIA (LA MAMI)

RUBÉN (EL GRINCH)

E (YO, EN ESPÍRITU)



0

PIDO LA PALABRA (Y LA TOMO DEFINITIVAMENTE)

Si esto fuera una americanada navideña, la pondrían el día dieciocho de diciembre por la noche —bueno, «la noche», poco después de la hora de la cena, que suele ser a las seis o siete de la tarde— y todos los miembros de la unidad familiar, digamos los Smith o los Stewart, bien envueltos en pijamas de renos, tomando palomitas o cualquier basura frita, se sentarían en piña en el sofá y mostrarían las mejillas sonrosadas y unas sonrisas radiantes que gritarían a todo pulmón: «¡Oh, cuánto nos queremos y qué felices somos incluso sin sanidad pública!».

Luego verían la peli y comenzarían así sus ansiadas vacaciones.

Todo precioso e idílico. Probablemente sería un taquillazo que nadie recordaría años después, pero me temo que tenemos una unidad de problema entre manos: esto no es una película y, a no ser que algún alma caritativa haya tenido a bien traducirme y estés *reading* mis palabras, me temo que poco se parece esto a Estados Unidos.

No, querido amigo, querida amiga, queride amigüe... Estamos —bueno, *estoy*— en España.

Exacto, así que lo más probable es que la peli se emitiese hacia las tres o las cuatro de la tarde, para amenizar la siesta (mantendríamos el dieciocho de diciembre, ya que es el día que comienza esta historia y me parecía oportuno mencionarlo). Nadie se enteraría ni de la mitad de la trama, claro, cuando tienes a tu padre roncando a un metro de distancia es difícilísimo escuchar el retumbar de las campanillas y las voces blancas de los niños repelentes que cantan *Angels We Have Heard*

on *High* en el porche de sus vecinos, los Brown. Aunque tampoco es que las pelis navideñas —estadounidenses o no— sean demasiado difíciles de seguir por lo general, ¿verdad?

Si quieres trato de adivinar tu favorita. Va, voto por la de la típica treintañera que sufre una crisis existencial y decide volverse al pueblo a pasar las vacaciones, pero antes de llegar tiene un percance con el coche en la nieve que suele implicar a un perro, a su ex del instituto o a ambos y, *spoiler* (pasad al siguiente párrafo si no queréis saberlo), se comen la boca al final (ella y el ex, no metamos al perro en esto, por favor).

¿Que cómo soy capaz de hacerme estas hipótesis tan espectaculares? Sencillo: lo sé todo. Lo veo todo y, en especial, muchas pelis estadounidenses —navideñas o no—, así que vais a permitirme que le dé la bienvenida a todos los clichés que quiera. Al fin y al cabo, soy yo quien va a contar esta historia y pienso hacerlo como me dé la gana. Estar muerto tiene sus ventajas.

¡Ah! ¡Pero qué grosero estoy siendo! ¡Que ni me he presentado!

Si me viera mi madre...

Dicen que definirse es limitarse, pero, para que te vayas haciendo un croquis mental, quiero que sepas que soy como una de esas voces en *off* que presentan, con mucho dramatismo, la movida que tendrán que vivir los protas al inicio de las pelis navideñas. Sí, sí, esa voz que después desaparece y no regresa hasta que ya todo se ha solucionado para terminar hablando de «la magia de estas fiestas», «la importancia de compartirlas en familia», o de que «el único regalo que merece la pena es de la amistad» (mentira, es el barco pirata de Playmobil que nunca me regalaron) y bla, bla, bla... En fin, soy como un espíritu de la Navidad (literalmente, aunque no como el de las Navidades Futuras, que da un yuyu que *pa'* qué), aunque mucho más divertido y, cuando menos, educado. Porque, ya que me pongo a cascar delante de todos vosotros aquí, de buenas a primeras, pues me quedo hasta la última página y no cojo y me despido a la francesa (otro cliché).

Podéis llamarme E.

Sí, E suena bien.

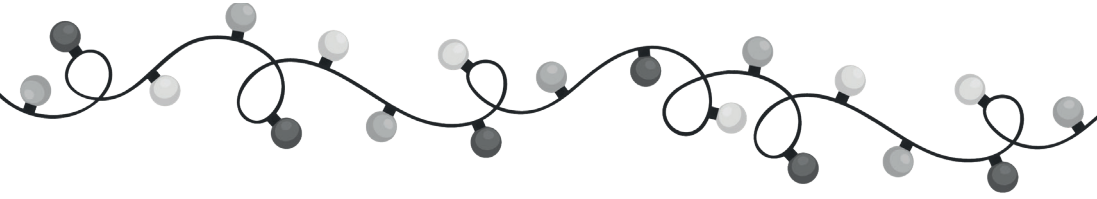
¡Madre mía, cómo me enrolló! Si en realidad yo solo quería presentarme (y criticar a los estadounidenses, que nunca está de más).

Pero eso, que te prepares porque estoy a punto de contarte una historia de Navidad de las buenas buenas. La única diferencia es que esto es una historia real. Con gente real. Con dramas reales. Y con un espíritu —ese soy yo— real.

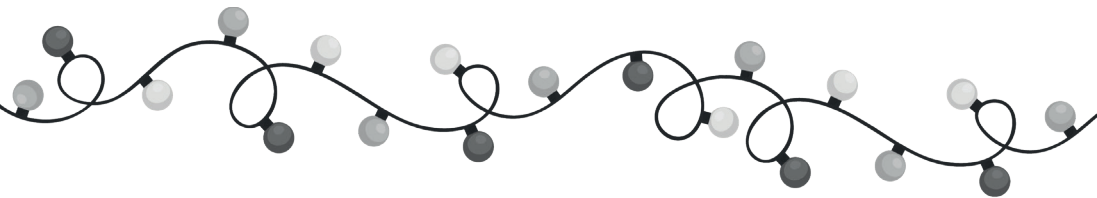
Así que ponte cómodo, píllate algo rico de comer (que no sea fritanga de la *healthy life* estadounidense, haz el favor, que si ellos pudieran se freirían hasta los zapatos) y disfruta. No te prometo que vaya a haber la más mínima seriedad, pero sí que no terminaré hablando ni de la magia de estas fiestas, ni de la importancia de la familia, ni siquiera insistiré en ningún tipo de regalo porque a nadie le interesan mis traumas infantiles. No, solo habrá turrón, lucecitas y mamarracheo.

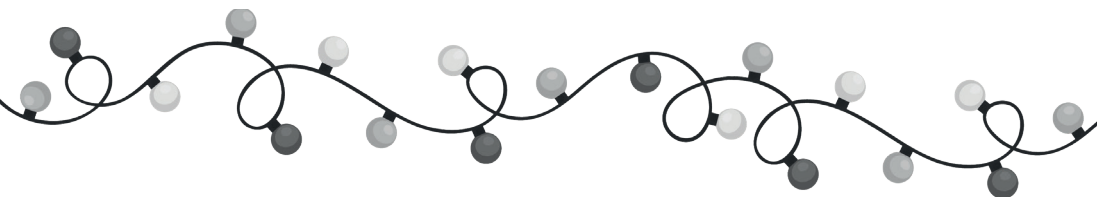
Mucho mamarracheo.

Porque esta historia empieza con la premisa de «¿Cómo tener las mejores Navidades del mundo mundial?» y, *spoiler* (mismo procedimiento), ~~sale mal~~.



PARTE I
SIETE BURRITOS SABANEROS
VAN CAMINO DE BELÉN





I

SI ESTO FUERA UNA PELÍCULA (ME HA MOLADO LA FRASE(ITA, OYE)

Como os contaba, esta historia comienza el dieciocho de diciembre en una tarde un tanto fría y muy oscura por el maldito cambio de hora (cuya utilidad no entenderé ni muerto, nunca mejor dicho). Nos encontramos con la primera de nuestras protagonistas en uno de los lugares favoritos de todo estudiante universitario: su residencia. Y digo en serio eso de «favorito». Los que tienen la suerte de residir en una viven como en un maldito hotel. ¡Con sala de cine y todo! Ahí es donde verían esto si fuera una película.

Mientras hablo, tenéis que imaginaros un plano aéreo que se acerca poco a poco hacia un edificio, que es bien grandote, con tres plantas y muchísimas ventanas. Están iluminadas desde dentro y se distinguen figuras tras los cristales. Algunas se mueven (por no decir todas). Hay un *zoom* dramático que nos dirige a una de las salas más concurridas a medida que mi tono se vuelve más grave y profundo, sin llegar a ser soporífero (me tomo en serio mi trabajo).

Se llama, por cierto, residencia Pizarnik.

Hoy es un día especial: el último del cuatrimestre antes de las vacaciones de Navidad. Cientos de chicos, chicas y chiques van de aquí para allá mientras arrastran maletas, cargan con la ropa que han recogido de la lavandería o simplemente se encuentran tirados en los sofás o juegan al pimpón (en serio, ¡al pimpón! ¡Y también hay billar! ¡Y la cafetería tiene *terrazza!* Lo que daría yo por una cerveza).

En fin, nos internamos en la sala común de la tercera planta. Y, de pie, entorpeciendo el paso, nos topamos con Julia Contreras.

—¡Ni «Julia, relájate» ni mierdas, papá! —grita nuestra primera protagonista. Le sigue una pausa. Una docena de ojos viajan hacia ella, todos atentos a la vocecilla apresurada que le responde a través del teléfono. Es demasiado baja como para que incluso yo entienda lo que dice, pero, recordad, *lo sé todo*. Aunque tampoco es que sea difícil de adivinar—. Ya te he dicho que no voy a ir y menos para tener que soportarla, así que no insistas más, joder. —Otra pausa y, de nuevo, la voz imperceptible—. Que no. Que me quedo. Y punto.

Veo que da un toque con el pulgar en la pantalla (*clie*) y la vocecilla se volatiliza. De inmediato, arroja el móvil contra uno de los cojines del sofá (*plof*) y deja caer todo su peso en el de al lado (*plof* y un cortito *wi*), con los labios fruncidos y los puños apretados, como si mantenerse lejos de él lo fuera a hacer desaparecer.

Regresa, de fondo, el choque de las palas (literalmente pimpón).

—Juls... —La voz de Kavita Sanz, nuestra segunda protagonista y con quien había estado hablando hasta que su bolsillo trasero ha empezado a vibrar con *Thunderstruck* de AC/DC, es un susurro. Recoge el móvil, que ha caído justo al lado de su pierna, y se lo devuelve, dudosa. Julia refunfuña mientras lo acepta—. ¿Todo bien?

—De puta madre, Kav. —Gira la cabeza de manera tan brusca que su pelo castaño le da un latigazo en uno de sus gordinflones mofletes—. ¿Qué? ¿Tengo monos en la cara? —le suelta a una de las chicas del grupo que está sentado a su derecha. Hace ya un rato que se la ha quedado mirando, embobada. Ahora da un respingo y se apresura a continuar la conversación con sus compañeras—. Eso es. Métete en tus asuntos.

¡Qué carácter, chica! Y perdona que te diga, estás de un rojo tan intenso que tus mejillas se podrían confundir con el culo de un mandril, así que la pobre estaba en su derecho a mirarte al igual que tú lo estabas de gritar en *to* el medio.

Sé que no me oye, vale, pero la gente borde me saca de quicio. No me importa que sea una de las protas ni que esté enfadada, ni siquiera que *esto* vaya a ser la chispa de la trama. Y antes de que me lo reprochéis: sí,

pienso dar mi opinión sobre todo lo que pase. Si tenéis alguna queja, pues... Yo qué sé. ¿Por qué ibais a tenerla?

Sigamos.

—Juls, en serio —vuelve a intentarlo Kavita, abrazándose los vaqueros. Es diminuta y delgada, y su pelo negro largo y denso le llega hasta la cintura o, al menos, esa es la sensación que me da ahora que está sentada—. ¿No quieres...?

—¿Qué? ¿Hablarlo? ¿Más? —pronuncia y, tras mirar a su alrededor, se detiene en el grupito de antes—. ¿Para que se entere media resi? Gracias, pero no, gracias. Además, estoy harta del tema. Voy a quedarme aquí, con vosotras, y no me importa cuántas veces me llame mi padre para intentar convencerme con las diferentes mierdas que se le van ocurriendo. Adivina cuál era la de hoy: ¡comprar una puta cigala para Nochebuena!

—Eso es..., bueno, bonito, ¿no?

—Y barato —masculla entre dientes—. Pero no. No lo es.

Desde luego, *barato* no.

—¿Qué es un... cigala?

El fallo de concordancia lo patrocina nuestra tercera protagonista, Gisèle Ducloyer, que ha estado demasiado entretenida con su teléfono como para prestar atención a la movida (cosa que entiendo, la verdad). Una demostración perfectamente fiel del pragmatismo francés y, oye, por primera vez no tengo ninguna pega que sacarles.

Très bien, ma fille, très bien.

Con su chaqueta de cuero negra y *piercings* —unos cinco o seis entre las dos orejas y el de la nariz (ese que es como el que llevan las vacas)—, se inclina sobre la mesilla de café hacia ellas prestándoles, ahora sí, toda su atención, lo que hace que su media melena fucsia se tambalee.

—Es un tipo de marisco —responde Kavita—. No sé cómo se diría en francés, pero... es como una langosta, aunque más pequeña. Creo. No estoy segura, la verdad. Me lío un poco.

Eso último lo ha añadido más para sí, razón por la que Gisèle se ha vuelto hacia nuestra *drama queen* particular.

—¿Y por qué no es bonito? —pregunta.

Julia chasquea la lengua, aunque apenas se percibe entre el caos que ha vuelto a formarse. Y si hay algo que eche de menos de estar vivo es comer, por eso me pican especialmente sus siguientes palabras.

—Porque odio el putito marisco con todas mis fuerzas. Y él ya debería saberlo, porque da la casualidad de que llevo *dieciocho años* siendo su hija. A la que le mola es a mi hermana, pero es hetero; el mal gusto viene de fábrica.

Kavita suelta una risita que tiene efecto inmediato en ella. Las manos se le relajan sobre los muslos y se permite sonreír un poco. Julia podrá ir de borde inconformista por la vida y decir quinientas mil palabrotas, pero la chiquilla es su debilidad. Porque, aunque ahora la hemos pillado al borde del colapso, tendríais que verle el careto cada vez que se encuentran —siempre en la resi, que es donde se conocieron, ya que ni siquiera estudian lo mismo—. Supongo que dormir puerta con puerta da lugar a roces —aunque nunca *roces* como tal, solo miraditas y conversaciones que poco a poco han ido calando en ella— y, claro, está pilladísima.

Por supuesto, la otra no tiene ni idea. Ni va a saberlo, pese a que es superobvio y podría darse cuenta ella solita (solo pasaría *si esto fuera una película*). Y si Julia fuera de verdad todo lo valiente que aparenta ser. El *gay panic*, chiquis, que es malísimo.

—Cambiemos de tema, si quieres —le ofrece Kavita—. En realidad, solo quería recordarte que nos tienes aquí para lo que sea, ¿verdad que sí, Gis? —La aludida, que había devuelto la atención a su teléfono, da un bote sobre el sillón y asiente de inmediato, aunque no creo que la haya escuchado—. Cualquier cosa que necesites, Juls. No nos molestas.

—*Pas du tout*.

Pues esa será su opinión.

—Bastante haces ya, me parece a mí —sigue Kavita—, con decidir quedarte aquí en Navidad y hacernos compañía. Puedes quejarte y gritar todo lo que necesites.

Espero, por favor —*please, s'il te plaît*—, que no.

—Claro. Tú... *desgagaógate*. ¿Así se dice?

—Desahógate —la corrige Kavita con una sonrisa tan blanca como su cárdigan—. Pero sí. Para eso estamos las amigas, ¿no?

Uy, eso ha tenido que doler. «Amigas». Vaya...

—Gracias, chicas —dice Julia enternecida—. Ya sabéis que no me cuesta nada quedarme. Haría lo que fuera por no volver a casa. Aunque, en realidad, ahora me siento terrible. Por vosotras, digo —(a buenas horas)—, y por toda esta gente. —Contempla a unos jóvenes que cruzan la sala, todos vestidos con chaquetas rollo *vintage* superhorteras, con cantosos amarillos, rosas, verdes y naranjas y franjas blancas—. Pero es que me cabrea mazo toda esta situación y, sobre todo, que se empeñen en convertirme en la mala de la película —(si esto lo fuera)—, cuando no lo soy.

La francesita asiente.

—Ha sido tu madre la que ha empezado todo esto.

La conjugación de verbos es *un petit peu* complicada, ¿eh?

—Sí, fue ella. Pero, como siempre, ¿quién lo paga? Pues yo —se señala con los dos índices—, la gilipollas de turno, la niña, la que no tiene ni idea del futuro ni de lo que le conviene. Porque, no te creas tú, llevamos *toodo* el cuatri sin hablarnos, ni una jodida palabra, pero ahora tiene esclavizado a mi padre para que venga a decirme «cuantísimo me echa de menos» —lo pronuncia con un soniquete exageradamente agudo—. Te digo yo lo que va a echarme de menos. ¡Ja! —Hace una peineta—. Lo único que quiere es aprovecharse de que nos reuniremos todos para volver a echarme en cara haberme metido en Bellas Artes y tener alguien que la respalde. Y no me da la gana. Me quedo en la resi con vosotras y que le den por culo a ella, a la cigala, a la carrera y a las Navidades de los coj...

—¿Qué?

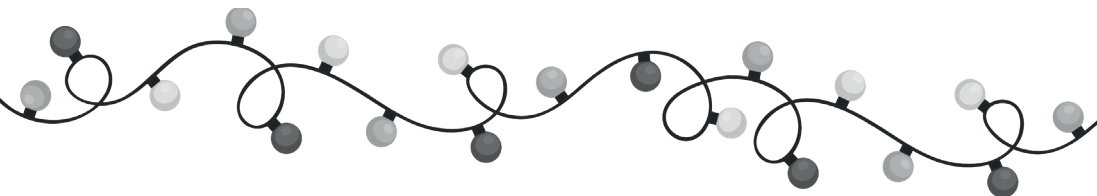
La voz que llega desde detrás del sillón de Gisèle hace que la habitación vuelva a quedarse en silencio por segunda vez en minutos —algo nunca visto en las entrañas de la Pizarnik—. Estoy seguro de que durante un instante las tres lo confunden con uno de los jóvenes

del grupo de «No futuros estilistas por su propio bien y el del mundo de la moda», aunque no tardan en darse cuenta de su error.

Nacho Abella —nuestro cuarto protagonista y protector de las Navidades Presentes, Pasadas y Futuras; todas ellas— entra en escena casi a cámara lenta, como si fuera una película. Varios mechones revoltosos de pelo castaño le caen por la frente y abre la boca con tanto dramatismo que por un segundo me parece buena idea quitarle la corona de *drama queen* a Julia para ponérsela a él, aunque lo que pegaría más con ese jersey de punto sería un gorro de Santa Claus.

Y así, comienza nuestra trama...

—¡No puedes decir eso! ¡¿Cómo vas a quedarte en la resi por Navidad?!



2

LA PEOR DE LAS IDEAS TRAS LA PEOR DE LAS INFAMIAS

Julia flipa durante unos segundos tan largos que me dan hasta ganas de dar un par de palmadas para que reaccione. Cuando habla esta vez, eso sí entiendo —y casi me alegro por— que se comporte como la persona más grosera del mundo. Nacho puede llegar a ser muy pero que muy cargante. No sabéis cuánto. Tan solo esperad.

—Pero ¿tú quién coño te crees que eres para decirme qué puedo hacer o no? —Lo mira de arriba abajo—. Ah, un jodido elfo del Polo Norte.

Menos mal que no ha dicho espíritu de la Navidad. Ese puesto ya está cogido.

Él se queda quieto durante un microsegundo en el que me da la sensación de que su cerebro cortocircuita. Probablemente lo haga. Después, comienza a negar con la cabeza, como si no terminase de creer lo que acaba de escuchar o como si considerase que ha sido la peor de las infamias. Segurísimo que lo cree.

—Pero no... ¡No tiene sentido! —Abre los brazos. Los copos de nieve geométricos de su jersey contrastan con el rojo de la tela—. ¿Cómo vais a quedaros en la resi? ¡Es Navidad! ¡Bueno, *casi* Navidad!

—Creo que voy a tener que hacer una devolución a AliExpress —ironiza Julia dirigiéndose a Kavita, que no parece saber dónde meterse—. Nos han traído un calendario parlante y hortera que *nadie* ha pedido.

Aunque él ni siquiera la escucha, sigue con su verborrea.

—... el sitio más deprimente, aburrido, anticlimático, descolorido e insípido del universo. Ni siquiera yo, que me esfuerzo al máximo por

darle un poco de color, soy capaz de... de... —Hace una pausa—. No. —Otra pausa—. Me lo puedo. —Otra más—. ¡Creer! ¿Pero qué clase de secta vive en esta planta? ¡No hay decoraciones!

Se lleva la mano a los labios (rápido, pasadme la corona, el gorro, ¡lo que sea!) y todos se le quedan mirando. Comprensible.

No sabe que la directora de la residencia, Carmen Moraleja «si te ve, te mete una colleja» (qué ingeniosa la gente), ha prohibido poner decoraciones en el tercer piso este año porque el anterior estuvieron a punto de partírle la crisma —que no *christmas*— a una de las limpiadoras. Al parecer, la pobre pasó justo por debajo de la estrella fugaz gigante que varios chavales estaban intentando colgar en una lámpara (después de haber cubierto las paredes con espumillones, barbas blancas falsas y felicitaciones —que sí *christmas*— bastante subidas de tono). Cuentan que dejaron caer, sin querer, la estrella y que la señora se hizo una brecha tras intentar esquivarla, tropezar y darse con una mesita en la nuca. Un *show*, vaya.

Mira que hay que tener mala pata.

Pero, claro, la habitación de Nacho está en el primer piso y los elfos del Polo Norte tampoco es que suelen tener en cuenta esos detalles. Y menos si son extranjeros —de la preciosa ciudad de Aranjuez, no de tan tan arriba— y creen que la Navidad es una especie de rito divino al que uno se debe dedicar en cuerpo y alma durante todo el año. Por suerte, en algún momento de su vida tuvo a bien aprender la lección y limitarse, aunque a regañadientes, a hacerlo desde el uno de diciembre (incluso cuando desde Halloween ya fantasea con sacar su arsenal de pijamas navideños y reproducir en bucle su *playlist* de Spotify).

Él, ajeno al resto del universo, gira sobre sí mismo para mirar la sala.

—¡Es que ni siquiera un árbol! ¡¿Quién es el Grinch que se ha atrevido a cometer semejante crimen?! ¡Esto debería estar penado! —De repente, como si se hubiera acordado de que ellas siguen ahí, las mira—. ¡Y lo vuestro también!

—¿Qué es «penado»? —Gisèle alza las cejas, recostada contra el brazo del sillón mientras las piernas le caen por el lado del contrario.

—Eh... condenado —le explica Kavita con voz aguda y rápida—. En el sentido de ir a la cárcel.

—¿Sabéis qué es lo que sí tiene que estar penado? —suelta la *drama queen*—. Darle una paliza a un elfo. —Ahora sí, vuelve a mirarle, sus ojos castaños fulminantes—. Así que pírate antes de que decida que la trena es el mejor sitio para ponerme hasta el culo de polvorones este año.

—¡Oye! —exclama y se cruza de brazos—. Eso no ha sido nada amable por tu parte, que lo sepas.

Ella se queda un instante con la boca abierta.

—¿Me estás vacilando? —Y, luego, dirigiéndose a sus compañeras, reformula—: Decidme que me está vacilando.

Kavita se muerde el labio y Gisèle se encoge de hombros.

Entonces bufa.

—Tú tienes un problema importante, chaval. Aquí. —Julia se da unos toquecitos en la sien—. Primero, has sido *tú* quien se ha metido en *nuestra* conversación. Segundo, lo has hecho porque te ha dado la puta gana y solo para dar tu opinión de mierda. ¿Y encima hablas de «ser amable»? ¿En serio?

—¡Pero si lo único que quería era...!

Deja la frase a mitad de camino, cuando se da cuenta. No lo hace de inmediato y casi puedo ver con todo lujo de detalles cómo los sentimientos —indignación, sorpresa, comprensión, culpa— van intercambiándose en sus ojos repletos de pestañas. Parpadea, tuerce la boca y agacha la cabeza; el flequillo se le despeina aún más.

—Lo siento —termina diciendo a media voz—. No tendría que... No quería que..., que... Yo solo... Es simplemente que no... —Se frota las manos, nervioso, sin saber qué hacer con ellas. Al final, niega otra vez, las introduce en los bolsillos de sus pantalones y supongo que recuerda los consejos que le han repetido cientos de veces, porque coge una gran bocanada de aire antes de continuar—. Es que vais a desperdiciar los mejores días del año, los más mágicos, en este lugar.

Visto así, incluso con esa cursilada de la magia de Navidad que no se termina de creer nadie, podría resultar adorable. A mí personalmente

me recorre un algo por el estómago, pero recordad que Julia Contreras está en la escena. Creo que hay poco más que añadir.

—Ese es nuestro puto problema y de nadie más. ¡Qué manía todo el mundo con meterse en la vida de los demás, coño ya! Así que te lo repito, intento de espíritu navideño mal conseguido —(oh, no, eso sí que no)—: vete y déjanos en paz.

Le diría un par de cositas y me quedaría más a gusto que un rey.

O un presidente. Sí, mejor.

Y si no lo hago es porque, bueno, no va a escucharme. Ni ella ni nadie. Pero sobre todo porque justo en ese instante escuchamos la voz de Kavita, calmada, curva, dulce, como un bastón de caramelo.

—Tampoco hace falta pasarse, Juls. —La *drama queen* va a replicar, todavía con los ojos anclados en el elfo (no admito otra forma de llamarlo); no obstante, se queda callada en cuanto regresa la mirada a su piel oscura, a su pelo kilométrico, a sus pupilas centelleantes—. Además, no creo que lo hiciera con mala intención. ¿Verdad que no, Nacho?

Él asiente con tanto frenesí que no me habría pillado por sorpresa que se hubiera dejado el cuello en el intento.

—¿Nacho? —repite Julia—. ¿Lo conoces?

Kavita sonríe, tímida.

—Más o menos. Es amigo de Patri, ya sabes, mi compañera de laboratorio. Fueron juntos al instituto.

—Ah.

—Y algún día se unió a nuestro grupo, para comer y demás.

—¡Sí, sí! —corroborra él. Algo centellea en sus pupilas, una mezcla entre alivio por haberla reconocido (sí, ahora, por increíble que pueda parecer) y agradecimiento porque haya salido en su ayuda—. Por Patri. De hecho, justo la estaba buscando porque le dejé unos calcetines de galletitas de jengibre que le gustaron un montón y, claro, ahora me vuelvo a casa, así que necesito que me los... Kavita, ¿verdad? —pregunta de pronto. Ella asiente, despacio, sorprendida por el repentino cambio de tema—. Me gusta. Es muy musical. ¿De dónde es?

—De la India —responde Julia en su lugar, de forma tan cortante que los hace retroceder a los dos en el sitio—. ¿Has terminado ya o vas a querer que Gisèle te unte mantequilla por todo el cuerpo mientras canta *La marselesa* y te prepara una *crème brûlée*?

La francesita arruga la nariz, aunque no precisamente porque se haya esforzado al máximo en decir el nombre del postre de la forma más españolizada posible. Sus dos amigas saben que odia que se empeñen en asociarla una y otra vez con esos clichés ahora que está aquí de erasmus. ¿Que por lo general tampoco muestra mucha pasión por Francia? Pues también (razón por la cual no está tan abajo en mi *ranking*). De hecho, es por eso por lo que va a quedarse a pasar las navidades aquí.

Cuando se pica, por cierto, el acento se le pronuncia. Cuando pronuncia, digo. En español. Bueno, lo que sea. Mejor os lo muestro.

—Yo no *pre pago*...

—Ya, yo tampoco —la interrumpe Julia—. Mi tarifa es de contrato.

Gisèle se queda bloqueada un instante, pero de inmediato resopla. Larguísima como es, trata de subir las piernas para apoyar los pies en el cojín del sillón. La postura en la que se queda es superrara, como si hubieran intentado meter una jirafa en una nevera. ¿No había un chiste sobre eso? Ya me estoy yendo por las ramas. *Perdón*.

En fin, la cosa es que, pese a que ella no lo pilla, hay alguien que sí lo hace. «¿Quién?», os preguntaréis. Y yo, cordialmente, os responderé: nuestro querido elfito de la Navidad, cuya carcajada resuena en cada rincón como si fuera una campanilla.

Y se extiende hasta que pierdo la cuenta.

Por suerte, el grupito de, espero, no futuros estilistas y el de la chica mirona se han marchado en algún momento, y ahora los únicos que quedan en la sala son los que están jugando al pimpón y la gente *random* que sigue cargando maletas y se limitan a cruzar el espacio común. No nos (les) prestan atención. Kavita debe de agradecerlo, a juzgar por la mirada de reojo que echa cuando las risotadas se vuelven demasiado exageradas.

—¡Ay! —exclama él duras penas—. ¡Es que es buenísimo! ¡«Pre pago», «contrato»! —Otra carcajada lo dobla por la mitad—. ¡Del móvil!

La mueca de Julia, para no variar en absoluto, es de puro desdén.

—¿Nunca te han dicho que explicar algo gracioso le quita toda la gracia? —Al no recibir respuesta, porque es incapaz de dársela, se dirige a la chiquilla—. En serio, ¿de dónde sale este tío? ¡Está pinzado! —Kavita tuerce la boca, sin saber muy bien qué responder—. ¿No puedes hacer algo?

—¿Qué quieres que haga?

—¡No lo sé! Lo que sea. —Intenta imitar su tono. No le sale demasiado bien—. Pero que nos deje en paz de una vez.

—¿Y cómo?

—¿No venía a ver a tu amiga? Pues pídele que se encargue ella.

Más risas.

—Es que... —Duda—. No está. Se ha tenido que ir, creo. Había quedado esta noche para cenar, o salir de fiesta, o algo así. Se lo iba a decir, pero ha cambiado de tema de repente y...

Nacho se apoya en el sillón y da varios golpes, lo que hace que la francesita las mire con reproche.

—Échalo —insiste la *drama queen*.

—No puedo hacer eso.

—Pues lo echo yo de una patada.

—¡Julia!

—¿Sabes qué? Que me piro yo y a tomar por culo.

Y se levanta. Casi podemos ver cómo escapa el humo de sus orejas un instante antes de que esté a punto de tropezar con la mesilla. Por obra del destino, o por falta de estrellas, consigue librarse de brechas y roturas de crisma y aprieta el paso en dirección contraria. El parqué retumba bajo sus pies.

—¡Eh, oye! —grita Nacho; su risa, una anécdota pasada—. ¡No te vayas! ¡Chica Grinch! —Se para un instante y toma una decisión. Una nefasta: echa a correr detrás de ella—. ¡Espera!

Julia es, como mínimo, el triple de fuerte y ancha, pero el jodido es rápido como una liebre —o quizás mejor como un reno de los que vuelan— y consigue agarrarle el brazo antes de que cruce el marco de la

puerta. En cuanto siente el tacto sobre la manga de su sudadera, ella se detiene y se gira superdespacio. Sus fosas nasales se abren y se cierran y casi tengo miedo de que vaya a meterle un bocado.

Él intenta retroceder, consciente de su error. Tarde.

—¿Qué cojones quieres?

—Y-yo... S-solo disculparme.

—Ya te has disculpado.

—P-pero... es que no puedo dejar que... —Sacude la cabeza. Después, las mira a todas, una a una, al ser consciente de que Kavita y Gisèle se han acercado también. Traga saliva y vuelve a coger aire—. Es Navidad.

Y ahí está.

Lo dice como si esa fuera la solución a todos los males del mundo. Como si fuese un mantra o la disculpa que ya no se atreve a pronunciar, la razón que hace girar el tiempo, la única forma que encuentra de deshacer un nudo bien apretado en la garganta infinita de la galaxia. Una verdad capaz de, ¿yo qué sé?, mantener la tabla del Titanic a flote para que el jodido DiCaprio no se ahogue. Para que ninguno de ellos, allí presentes, lo haga.

E, espíritu y poeta. Murió joven. Una pena.

Aunque era guapo, el capullo.

—Para mí como si son las Fallas. —Julia se aparta de manera brusca—. No quiero tus disculpas ni que me sermonees con tus movidas ni que te creas que vives en *Love Actually*. Solo quiero que tú y tu maldito jersey desaparezcáis de mi vista para poder continuar con mi vida y tener aunque sea un segundo de tranquilidad en el día de hoy, ¿lo pillas? Creo que no es tan complicado, joder.

—Pero... —Aparta la mirada—. No podéis quedaros aquí. La Navidad es... todo. Es especial porque la pasamos rodeados de personas que nos quieren. En nuestros hogares. ¿Vuestras familias...?

—Para que lo sepas, boca chancla, ha sido *mi* familia la que me ha obligado a quedarme en la puta residencia por querer hacer lo que me apasiona desde que tengo putos trece años y no aceptarlo. —Él abre

los ojos como platos—. Sorpresa. Así que no me vengas con tus curviladas, que bastante tengo ya con soportar las llamaditas de mi padre, los comentarios de mis tías y el simple hecho de saber que voy a pasar unas navidades de mierda.

—Yo...

—Entendemos que para ti sean especiales, Nacho, de verdad —interviene Kavita. Se ha situado al lado de Julia, muy cerca, y me doy cuenta de cómo solo con eso consigue calmarla, un poquito al menos—. Pero tienes que entender que cada familia es un mundo. No siempre hay opciones. Y estoy segura de que no somos las únicas que nos quedamos.

El silencio se vuelve pesado, el tiempo casi se detiene. La chiquilla mira a Gisèle, que tuerce el gesto, dudosa, pero no dice palabra, así que acaba suspirando y estira el brazo hacia el hombro del elfo, inmóvil en el sitio. Y tal vez solo quiera decirle que debería irse, pero no llega a pronunciarlo. De hecho, ni siquiera llega a tocarlo porque él se aparta.

—No me había parado a pensarlo —reconoce con la atención fija de nuevo en las paredes desnudas—. Tienes razón. Y yo..., una idea.

Seis pares de ojos se encuentran. Se convierten en ocho. Los de Nacho están cubiertos por una capa húmeda y brillante, pero lo que brilla es determinación. Da un paso adelante con los puños apretados.

Podrías haberte arrepentido a tiempo, campeón.

—Me quedo en la resi —determina—. Hablaré con mi madre, lo entenderá. Buscaré a todas esas personas que, como vosotras, no puedan volver a casa. Decoraremos bien esta sala, pondremos villancicos y compraremos dulces. Vamos a tener la mejor Navidad del mundo mundial. Y vosotras me vais a ayudar.

Ellas se miran durante lo que se me antoja una eternidad con cejas arqueadas, labios separados, ojos dudosos...

Entonces, él carraspea.

—Solo si os apetece, claro, pero me haría mucha ilu, así que... ¿porfa?